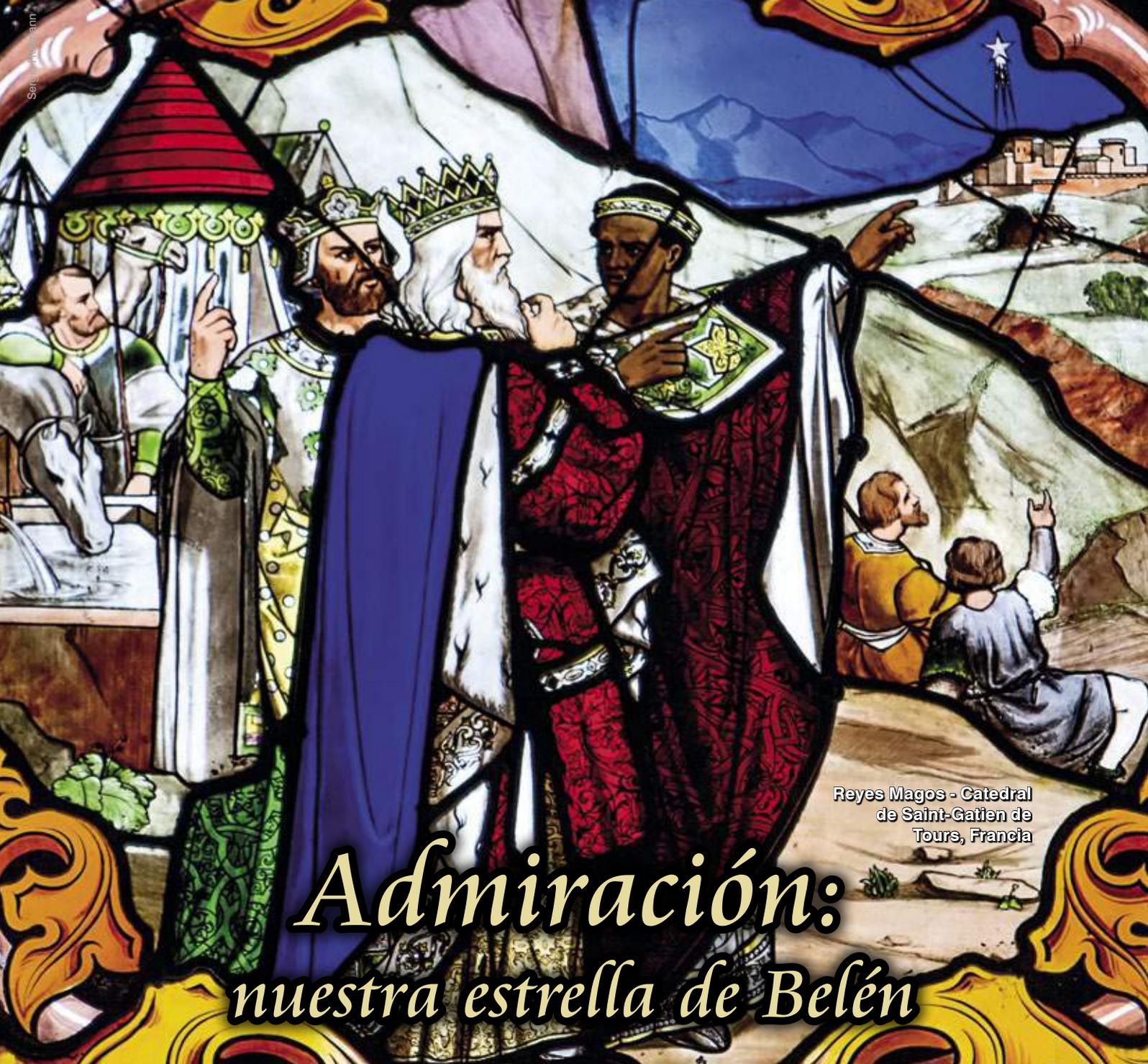




Dr. Plinio

II - Nº 9 Enero de 2019

*Cuestionando a la
Revolución Industrial*



Reyes Magos - Catedral
de Saint-Gatien de
Tours, Francia

Admiración: nuestra estrella de Belén

El sustrato más profundo de la rectitud de alma es el gusto de admirar. El hombre que pasa la vida buscando admirar, amar y servir la virtud y la santidad encuentra en esto su placer y su alegría. De esta manera, él siente más deleite en estar en una choza o en un leproso conversando con un verdadero santo, que estar en un lugar espléndido entre pecadores.

La admiración nos guía y nos hace intuir nuestro camino, dándonos la capacidad de esperar con calma, delante de las desventuras más sorprendentes, porque la admiración es nuestra estrella de Belén.

(Extraído de conferencias de 18/6/1986 y 10/7/1994)

Sumario

Vol. II - No. 9 Enero de 2019



En la portada, el Dr. Plinio en la década de 1990.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *La técnica y las legítimas individualidades*

PIEDAD PLINIANA

5 *“Mandadme un rayo de vuestra luz”*

DOÑA LUCILLA

6 *Recordar, mirar, sonreír, sentir*

DR. PLINIO COMENTA...

9 *Revolución Industrial, velocidad y pulchrum*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

14 *Madre de Dios y Madre nuestra*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

18 *Conociendo y amando a Nuestro Señor*

SANTORAL

24 *Santos de Enero*

LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

26 *Impulso del pasado con vistas al futuro - I*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

30 *Cuadros impregnados de sobrenatural*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Un “arcoiris” sobre la sociedad entera*



La técnica y las legítimas individualidades

Dentro del proceso revolucionario denunciado por el Dr. Plinio, tuvo un papel importante la Revolución Industrial, ampliamente analizada por él en diversas conferencias. Esta temática, introducida en la presente edición¹, será ofrecida a la consideración de nuestros lectores en algunas secciones a lo largo de este año que se inicia. Entre los múltiples aspectos que tornan necesario el estudio de este fenómeno, el Dr. Plinio nos apunta los siguientes²:

La Revolución Industrial, llevada a cabo por el progreso técnico, transformó profundamente el perfil del mundo. Divinizada por muchos, esta revolución trajo consigo el inconveniente gravísimo de haber producido una psicosis moderna y haber sido una máquina poderosa para hacer la Revolución, por el estilo de vida moderno manipulado por las tendencias, lo que llevó a la humanidad a desequilibrios inconcebibles.

Ella también dio origen al movimiento contestatario *hippie* y a todas las consecuencias de la revolución cultural detonada en Francia en mayo de 1968 que, con el pretexto de reaccionar contra los excesos de la Revolución Industrial, pretendían matar en ella lo que pueda haber de legítimo, de bueno.

En la Edad Media también había conocimientos técnicos. Con la diferencia de que la técnica servía al hombre en sus necesidades, lo cual sería –para utilizar una imagen– más o menos como un caballero que domina plenamente su caballo. A partir de la Revolución Industrial, el hombre se cayó del caballo de la técnica que, desbocado, arrastró al caballero.

¿Por qué se cayó del caballo? Porque dejó de ser lo suficientemente concienzudo de sí mismo, no rechazando aquello que era incompatible consigo.

Hay límites para aceptar o rechazar un producto de la técnica. Los límites varían de acuerdo con la región y la situación histórica; se imponen, deben existir.

Las clases superiores deberían haber llamado la atención de las personas para los riesgos, principalmente en el ámbito moral, que un fenómeno de estos comportaba. Con eso frenarían la expansión inmoderada del gigantismo en la demanda, por donde, de repente, millares de ciudades en el continente americano, por ejemplo, pasaron a pedir cierto artículo que hasta entonces no precisaban; o abandonaban inesperadamente un producto para adoptar otro.

Este fenómeno generó, a su vez, industrias gigantescas, estandarizadas, y un comercio enorme para distribuir el producto. Fortunas colosales fueron empeñadas en la explotación del ramo.

Los límites dentro de los cuales se aceptan o se rechazan determinados productos son fijados por la propia naturaleza humana vivificada por la Fe católica. El desafío de la técnica apareció en un momento en que el hombre debería responder con una intensificación de ese tipo de virtud, siendo celoso de sus propias características.

La buena individualidad es aquella que lleva a alguien a amarse a sí mismo, rectamente, con el objetivo de realzar una perfección específica para la cual la voluntad divina lo llama. Si no fuera así, se podría aplicar a la persona que no cumple esta exigencia, lo que Nuestro Señor dijo a Judas: “Más te valdría no haber nacido” (cf. Mt 26, 24)

La defensa de la individualidad es la defensa de la perfección personal respecto de la cual Dios dio al individuo cierta intuición y que él debe procurar alcanzar, cueste lo que cueste, para que, realizándose así en esta vida, se una a Él, suprema perfección.

Pero, delante de esa avalancha industrial y comercial, el celo por esta sana individualidad desapareció. Por lo tanto, el imperio de la técnica nace del menoscabo a las legítimas exigencias y preferencias individuales.

1) “Revolución Industrial, velocidad y *pulchrum*”, p. 9-13

2) Extractos de conferencias del 14/11/1986 y del 21/12/1987



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

“Mandadme un rayo de vuestra luz”



Alejandro López

Os agradezco, ¡oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María!, por haberme llamado para la excelsa condición de esclavo vuestro.

Entretanto, movido por el deseo de llevar hasta su más alta plenitud esa condición, siento los obstáculos que las infidelidades anteriores a mi vocación dejaron en esta alma mía tan misericordiosamente amada por Vos.

Entre ellos está, sobre todo, el mal hábito de dirigirme continuamente hacia asuntos banales y triviales, perdiendo en ellos la atención y el tiempo concedidos por Vos para extasiarme con lo que es noble, digno y sublime, conforme a Vos, oh Madre mía, que sois más elevada que los cielos y más sublime que todos los coros de Ángeles y Santos.

Siempre que me sienta atraído hacia las cosas banales y triviales, mandadme un rayo de vuestra luz que encienda nuevamente en mí el deseo de las cosas elevadas y celestiales.

Oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, hacedme humilde, sumiso, fuerte, noble e invencible, para que yo sea un perfecto esclavo vuestro, un maravillado e imbatible Apóstol de los Últimos Tiempos. Así sea.

(Oración compuesta en 1967)



Recordar, mirar, sonreír y sentir

Tomado por un profundo respeto por todo cuanto se refería a Doña Lucilia, al volver a ver los zapatos con los cuales ella había sido sepultada – recuperados durante la exhumación de sus restos –, el Dr. Plinio recordaba cómo su saudosa madre le había enseñado a enfrentar las situaciones difíciles de la vida.

Desde una edad muy temprana, yo me habitué a llamar a Doña Lucilia de *mãezinha*¹ y hasta de “manguinha”. Sin embargo, excepto eso, nunca usaba un diminutivo para cosas referentes a ella. Porque, como yo era muy pequeño, mi madre me parecía grande. Me acuerdo de ella con el traje con el cual le fue tomada una foto de cuerpo entero, en París, y me acuerdo de mí mismo mirando a mi madre y pensando: “¡Cómo es de alta!”.

Cómo enfrentar las realidades penosas

En eso entraba un fondo de respeto y de una suma seriedad con la cual yo tomaba todo lo que decía respec-

to a ella. De tal manera que me parecería poner un sello de muerte sobre mi vocabulario si me refiriese a ella, después de muerta, con términos que yo no usaba durante su vida.

A veces oigo a algunas personas referirse a los zapatos con los cuales mi madre fue sepultada, con el diminutivo de “zapaticos”. No censuro ni disuado eso, y comprendo que es una forma más afectuosa y hasta entra más respeto en el modo de decirlo. Todas las veces que lo oí, las personas lo dijeron de un modo muy respetuoso que me agradó. Por lo tanto, no hay ningún problema. Pero esa no es mi costumbre.

La primera impresión que tuve al ver los zapatos de mi madre, después de la exhumación de sus restos mortales, fue la siguiente.

Cuando se hizo la exhumación, yo daba por seguro que, o no había quedado nada de los zapatos, o serían inhumados de nuevo y por lo tanto no los iba a volver a ver. Como en todo lo que dice respecto a mi madre cuando me separé de ella con ocasión de su entierro, di eso por sumergido en la eternidad y por remitido a la resurrección de los muertos.

Sé muy bien que en la resurrección de los muertos las personas no van a usar más zapatos, y que los fallecidos no resucitan con los zapatos usados cuando son sepultados. Pero eso expresaba una separación, una dilaceración, una ruptura que era necesario enfrentar como se enfrentan las realidades penosas y, sobre todo, las penosísimas.

Yo aprendí precisamente de ella, desde niño, a beber las cosas penosas y las penosísimas no a sorbos, sino de un solo trago.

Una pequeña batalla con el aceite de hígado de bacalao

Ella nos hacía tomar un fortificante que en ese tiempo era tenido como muy bueno: aceite de hígado de bacalao. ¡Es de un gusto detestable! Y mi hermana, una primita educada con nosotros y yo, no queríamos beberlo. Ella nos obligaba inexorablemente a tomarlo.

Este era el proceso que ella empleaba como medio de atenuación: mezclaba una dosis de un buen vino tinto francés o portugués – compatible para un niño –, de tal modo que endulzase el fortificante. Las dos sustancias no se mezclan, pero por lo menos son dos sabores que se degluten juntos.

Sin embargo, ella no permitía que se bebiese poco a poco. ¡Era de un solo trago! ¡Y las sugerencias más o menos fraudulentas que hace cualquier niño – primero beber el vino y después el aceite – no las toleraba! ¡No entraban en consideración!

Y había un nuevo atenuante: si durante los meses fríos del año tomásemos ese aceite sin quejarnos, ella nos llevaba a una casa de juguetes – la mejor que había en São Paulo – y cada uno tenía derecho a un juguete extra, además del de Navidad.

Doña Lucilia me obligaba a tomar ese aceite por medio de la autoridad vigorosa de la *Fräulein*², que no tenía las maneras mimosas de mi madre. Ella ponía el aceite en la cuchara, lo acercaba a mis labios, me mandaba a abrir la boca, y de hecho el aceite entraba en mi garganta, no había otra salida.

Yo era niño, pero reflexionaba a ese respecto. Y gracias a Dios, crónicamente de acuerdo con mi madre, aun cuando no me gustara, pensaba: “Ella tiene razón. Ya lo bebí, no pien-

so más en eso hasta mañana. Ahora voy a continuar con la vida normal.”

Y así me habitué también a hacer con las clases del colegio, con todo lo desagradable y hacerlo enseguida, y después hacer lo agradable, agradablemente, por sorbos, deleitándome.

Y así, habituado a una vida en que la parte del vino tinto se iba haciendo cada vez menor y la cantidad de aceite de hígado de bacalao cada vez mayor, fui siguiendo siempre ese sistema.

Cuando llegó la hora del encuentro de ella con Dios, lo engullí de una sola vez. “¡Esa separación es para

siempre! En el Cielo la verás, porque eres católico y crees en la resurrección de los muertos. ¡Aguanta firme!”

El tiempo ofrecido a Nuestra Señora debe ser empleado con toda seriedad

¡Imaginen la impresión deliciosa – una especie de retroceso en el tiempo – cuando vi aquellos zapatos que yo suponía que nunca más iba a volver a ver, y que me hablaban tanto de ella! De repente salen de las sombras de la muerte, de la renuncia completa, emergen y se presentan bien arre-



Archivo Revista



glados, de acuerdo al gusto de ella, de tal manera que todo lo que pudiese recordar la corrupción de la sepultura estaba cuidadosamente apartado, todo estaba perfecto. Era una especie de odisea de aquellos zapatos que para mí significaban mucho. Evidentemente, yo no podía dejar de quedar profundamente conmovido.

Esa primera impresión fue tan profunda, que me vino otro hábito mental, infundido también por ella y correlato con ese: “Muy bien, magnífico. Pero ahora llegó el momento del trabajo, y eso te va a molestar. Cierra la gaveta y no pienses más en eso hasta que tengas un poco de tiempo. ¡Sé disciplinado y no permitas que el tiempo consagrado a Nuestra Señora sea entregado a consideraciones que serían muy le-

gítimas y de un orden que Ella puede desear, pero en este momento en que María Santísima quiere otras luchas, déjalas de lado y veamos si ahora trabajas con toda seriedad!”

Dudo que quien trabajó conmigo haya notado enseguida que yo me estaba dejando alterar en algo con ese recuerdo suavísimo. Mantuve los zapatos bajo llave hasta que, estando solo, pudiese rememorar.

Hice consideraciones sobre el momento en que eso llegaba a mis manos, lo que eso representaba, etc. Habría sido muy legítimo que las hubiese hecho antes. Y cuando me acuerdo de los zapatos y del hecho, el asunto me toma, es decir, no es que yo tenga la vivencia – porque no sé bien en qué consisten las famosas vivencias –, pero si es así, lo que voy a decir es una cosa buena.

Sentimientos densos de pensamiento

Al ver sus zapatos, cuando tengo en mente que están en la sala en que me encuentro, con el bastón y el chal [de Doña Lucilia] – más que estos últimos, porque la acompañaron en la sepultura –, ¿qué impresión tengo?

Por una asociación de imágenes, me acuerdo de varias cosas de ella – lo cual puede sucederle a todo el mundo, por ejemplo, a propósito de un par de guantes que perteneció a alguien – no de hechos, sino de estados de espíritu. De situaciones que me vienen a la mente con tanta vida que, habituado como estoy a la presencia de ella – una presencia tan sugestiva de sentimientos densos de pensamientos, sin dejar de ser sentimientos –, no soy propenso a discutir sobre el asunto, sino simplemente a recordar, mirar, sonreír, y a sentir...

Ni siquiera tuve tiempo todavía para reflexiones. ¿Estas vendrán? Es posible. Si vienen, las transmitiré. No voy a forzar nada; voy a dejar que las cosas corran y que la bobina de mis recuerdos gire normalmente con mis velocidades, dado que soy hijo de Doña Lucilia y ella me quería así... Además, es necesario tomar en cuenta que la gracia probablemente sopla así.

Aunque yo sea tan exigente en materia de verdad y de error, de bien y de mal, esos valores no están envueltos en este caso, permitiéndome una normal libertad de espíritu y de modo de ser, que me parece algo bueno, para que no nos volvamos robots de nuestros propios principios, sino para movernos con ellos de un modo vivo. ❖

(Extraído de conferencia de 31/8/1982)

- 1) N. del T.: En portugués, diminutivo de mamá.
- 2) Del alemán: señorita. El Dr. Plinio se refiere a su preceptora alemana, la Srta. Mathilde Heldmann.

Archivo Revista



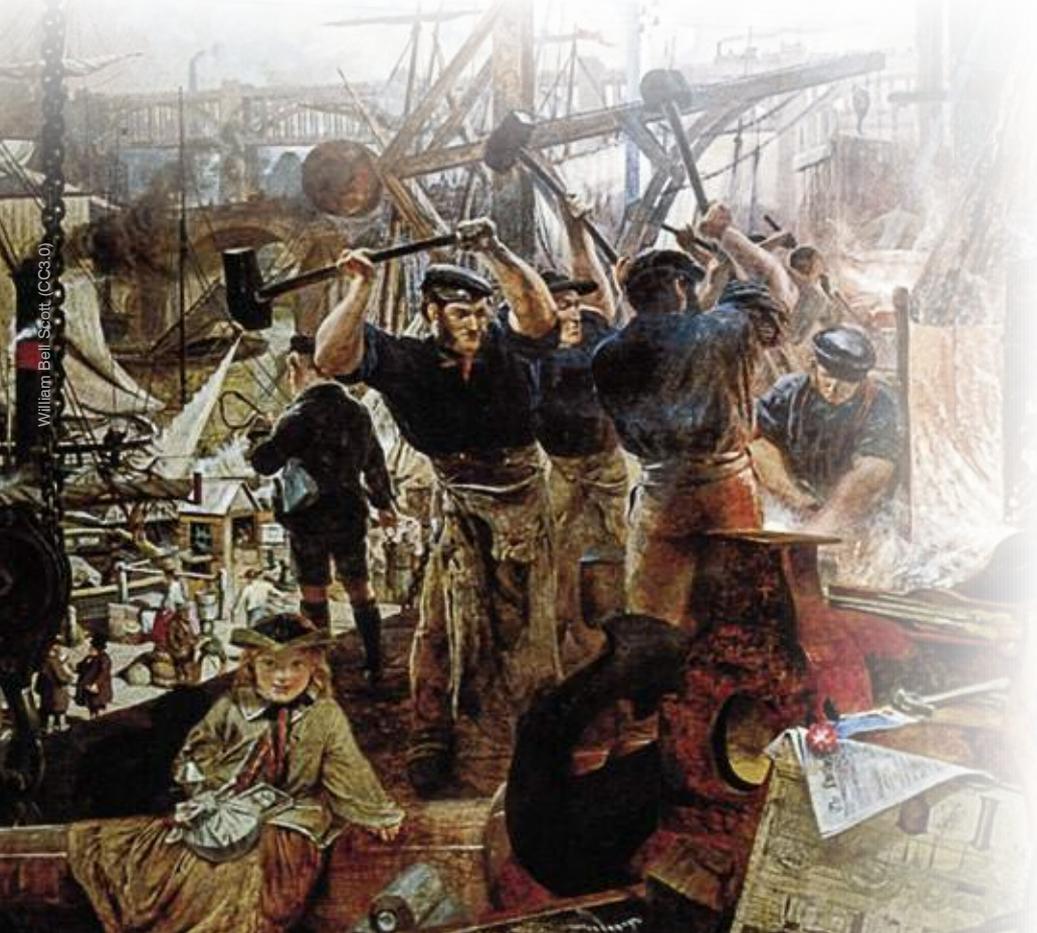


DR. PLINIO COMENTA...



Revolución Industrial, velocidad y pulchrum

En la presente conferencia, el Dr. Plinio introduce el importante y polémico tema de la Revolución Industrial, levantando cuestiones, cuyas respuestas serán presentadas en sucesivas exposiciones.



El estudio de la Revolución Industrial es capital para que comprendamos enteramente a la Revolución. Al analizarla, surge un problema: muchos de sus componentes son maléficos al hombre y, en cuanto tales, tienen un elemento de inmoralidad, de contradicción con la Moral.

¿Puede ser el progreso nocivo al hombre?

Por ejemplo, la velocidad de la conducción. Se podría decir que el primer hombre que montó a caballo aprendió con ello a andar a una velocidad considerada prodigiosa para el peatón anterior a él, quedando excitado y nervioso a causa de eso. ¿No se trataba entonces de hacer una educación de la sensibilidad del hombre



Giovanni Fattori (CC3.0)



Aquí nacería también una cuestión: Siendo una invención determinada resultante de un aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza por el ingenio humano, ¿se podría admitir que ella fuera nociva al hombre?

Esto contiene un punto muy delicado, pues muchas encíclicas, sobre todo al final del siglo XIX y comienzos del siglo XX – período en el cual el mito del progreso más lució a los ojos de los hombres –, procuran defender a la Iglesia contra la acusación de ser contraria al progreso. Por causa de esto, proclaman que todo progreso es conforme a la expansión natural de la Civilización Cristiana.

Ahora bien, con ciertas críticas que se hacen a la Revolución Industrial nosotros llegaríamos a la conclusión de que ella es nociva al hombre, por lo menos considerada en su conjunto.

El beato Pío IX y las vías férreas

Creo que un hecho que se da con un Papa, cuya heroicidad de virtudes ya fue reconocida oficialmente por

la Santa Sede, Pío IX, es muy interesante en este sentido. En su tiempo, él acompañó la transición de los caminos a las vías férreas. Vi fotografías de eso. Pío IX entonces, probablemente para probar que la Iglesia no era contraria al progreso, autorizó la introducción de los trenes en los Estados Pontificios, sobre todo en las dos ciudades más importantes que eran Roma y Bolonia. Y mandó preparar un vagón para viajar él mismo dentro de los Estados Pontificios. No sé si el vagón se conserva, o si aún existe su fotografía. Es una cosa interesantísima porque, desde el punto de vista ornamental, representa una tendencia a adaptar la configuración del vagón a la de los carruajes del *Ancien Régime*¹.

El vagón tiene una forma obligatoria: es largo, ofrece un frente estrecho en cuanto a la oposición del aire y, para ser espacioso, se alarga en dirección a la parte trasera. Es hecho de materiales muy duros, resistentes, porque de lo contrario se descoyuntaría al dislocarse. A pesar de todo eso, afuera el vagón poseía

para vencer ese sentimiento de velocidad, y conservarse equilibrado dentro de esto? En tal caso, la velocidad vertiginosa de algunos vehículos de hoy en día ¿no sería apenas el auge de una línea que parte del caballo en procura de velocidades mayores?

Doug Letterman (CC3.0)



una cantidad de apliques de madera dorada. Bien en el medio existe un ojo colosal, todo bordado con hojas y flores de madera dorada, cubierto con un vidrio enorme. Sorprende ver cómo en aquel tiempo ya hacían chapas de vidrio de aquel tamaño.

Dentro del vagón, un trono sobre dos o tres escalones, frente al vidrio gigante, de manera a permitir que el Papa contemplase el panorama. Y también para que, cuando el tren pasase en estaciones intermedias, el Sumo Pontífice pudiese ser visto por el pueblo como dentro de una vitrina, para dar la bendición, ser venerado, etc.

Desde el punto de vista de lo obsoleto, ese vagón es el auge, pero representa una tentativa de ajustar la condición de un Papa a un vagón. Ahora bien, los trenes no fueron hechos para llevar ni reyes ni papas, los cuales dentro de ellos están en condiciones impropias para presentarse al pueblo. Así, el primer género de vehículo que el progreso industrial engendra es, en este sentido, revolucionario. Por lo demás, hay un mundo de cosas así que el progreso machacó por una necesidad técnica intrínseca.

Vagones de la Central de Brasil

Es preciso considerar lo siguiente: los trenes de aquel tiempo presentaban también un lujo interior que yo aún alcancé a ver. Cuando era niño e iba a Río de Janeiro en el tren nocturno, quedaba encantado con un trabajo artístico existente en todos los vagones de la Central de Brasil, compuesto de lindos lazos de madreperla que recorrían la unión entre el techo y la pared del vagón de punta a punta, de los dos lados, con aquella alternancia de colores que puede tener la madreperla de muy buena calidad. Eso iba incrustado en excelentes maderas brasileiras.





Se notaba así la tentativa de hacer más conciliable con la tradición a la Revolución Industrial, aunque entre una cosa y otra exista una grande incompatibilidad.

Lo que está en el fondo del problema es lo siguiente: el *pulchrum* no es apenas una mera apariencia, sino que es revelador, a su modo, de la esencia de la cosa.

Tiene por tanto, algo de “verum” en sí mismo. No es una ilusión, un sueño, una fantasía con la cual se pinta una realidad.

Luego, si queremos conocer la esencia de las cosas, no debemos solamente hacer su análisis químico o físico, sino una apreciación cultural respecto de su belleza, e interpretar el lenguaje de ese *pulchrum*.

El sentido de protección es inherente al ser humano

Transponiendo este principio a la cuestión de la velocidad, arriba referida, si la naturaleza se presta a ser aprovechada para emitir solamente los aspectos malos del progreso, es porque existe una capacidad de producir tales aspectos que está en la naturaleza, cuando el hombre la explota mal, y que cuestiona un tanto todo el problema del progreso. Por tanto, este mismo progreso con sus hallazgos, aunque fruto del ingenio del hombre que supo aprovechar los recursos naturales, puede ser nocivo al ser humano.

Por ejemplo: existe en el hombre, en sus espontaneidades, una necesidad de sentir la protección para saberse en seguridad. Este sentido de protección nativa es inherente al hombre y no puede ser violado de cualquier manera. El ser humano tiene necesidad de ver la seguridad para sentirse seguro, y no puede sentirse bien apenas con un cálculo racional de que él está seguro.

Tomemos como ejemplo a San Pedro andando sobre las aguas. Él sa-

bía, por la Fe, que estaba seguro, pero en determinado momento fue asaltado por la apariencia de la inseguridad que el agua da, porque no es una superficie sólida para que el hombre camine.

San Pedro debería haber confiado en la Providencia, a pesar de las apariencias, porque Nuestro Señor estaba hablándole. Sin embargo, fuera del campo sobrenatural, no se puede exigir eso del hombre.

Siendo así, es preciso decir que la Revolución Industrial ignoró reglas de las más fundamentales del funcionamiento del ser humano. E, ignorando esas reglas, ella se extralimitó hacia una porción de otras cosas.

Supongamos que hubiese la posibilidad, por medio de determinados rayos, de evitar que en una ciudad en pleno bombardeo, cierta superficie fuese bombardeada. Y que un morador de esa superficie viese explotar las bombas en el aire y no caer sobre sí. Exigir de él que durmiese allí sería aún viable si se le permitiese quedar en una casa, y tuviese la ilusión completamente ilusoria de que ésta lo protege. Aunque supiese que es una ilusión, algo de la armonía interna suya estaría atendida por el hecho de tener la sensación de que la casa lo protegería.

Sin embargo, ¿se podría exigir de este hombre que fuese a dormir tranquilo, durante el bombardeo, al aire libre, sobre un césped excelente, durante una calurosísima noche de verano, viendo a las bombas deshacerse cuando llegasen a diez metros encima suyo? ¿Este hombre no se levantaría neurótico?

¿No se diría también que el exceso de velocidad da al hombre una sensación de precariedad y de inseguridad, que él sólo puede vencer mediante alguna cosa que lo habitúe al exceso de velocidad, pero que ese hábito produzca un daño de un cierto equilibrio interno suyo? ¿Y que con eso, queda desordenado en otros aspectos de su personalidad?

El hábito: virtud o vicio

En el ejemplo del bombardeo, si la persona hubiese sido educada desde pequeña con la idea de la existencia de estos rayos protectores, con un dibujito mostrando a niños durmiendo bajo la acción de esos rayos, otro representando a la madre que explica al niño cómo funciona, y éste quedara tranquilo, se daría tal vez el caso de que, por la fuerza del hábito, ¿el hombre aceptaría esto o no? ¿Hasta qué punto va la flexibilidad del ser humano por la fuerza del hábito? También es una cosa que hay que considerar.

¿Cuál es la plasticidad, la flexibilidad del hombre en su capacidad de habituarse? Es muy delicado este problema.

¿Qué significa habituarse? Si fuese adaptarse de un modo conveniente, al menos inocuo, está bien. Pero si es de un modo nocivo, no es un hábito, sino una deformación.

¿Hasta qué punto la capacidad de habituarse es en el hombre una cualidad y hasta qué punto es un defecto?

Por ejemplo, las personas de personalidad débil tienen una capacidad de habituarse mucho mayor. Esto es en ellas un defecto, no una cualidad.

Esta capacidad sólo es una cualidad en la medida en que es voluntaria de parte del hombre. Él ve que una determinada cosa es un hecho consumado, entonces tiene que habituarse, pero eso es una cosa diferente, con efectos psicológicos distintos, del hábito que nace de la buena ordenación de la personalidad rumbo a un determinado objetivo.

El objetivo puede resultar de la virtud o del vicio interno del alma.

Viajando en avión

Recuerdo que un día estaba viajando en avión -no recuerdo desde dónde ni hacia dónde -, pero con po-



San Pedro caminando sobre las aguas - Seminario de Roma, Italia

cos pasajeros, condición para mí indispensable para que un vuelo no sea un infierno. Era una tarde bonita, el avión estaba hacía tiempo volando muy establemente, sin aquellas sacudidas que detesto, en una normalidad extraordinaria. En cierto momento, entró por una de aquellas ventanitas un rayo de sol que dio sobre el corredor central del avión, e hizo ver que de él se desprendía una buena polvareda. Pero de cualquier manera daba una impresión tan casera, tan estable, que pensé dentro de mí: “¡Qué cosa increíble! ¡Este gusano de metal no anda!” De hecho estaba yendo a no sé cuántos kilómetros por hora, y yo, criatura humana, detestando las super velocidades, me sentía dentro de un gusano de metal que me daba mal humor.

Pero estaba imaginando lo siguiente: Si el Profeta Elías llegara a la altura en que yo estuve, bajaría a

la tierra diciendo cosas fenomenales: “Estuve a la altura de los Querubines, vi tales cosas, etc.” Yo bajo en el aeropuerto con una valijita cualquiera pensando: “¡Uf! Ya estoy en tierra; sé que hay gente aburrída esperando.” Es decir, nada a la San Elías, sino la banalidad más completa, como quien baja de un taxi. ¿Hubo un fenómeno de habituación en mí o no?

Me acuerdo que en la iglesia del Inmaculado Corazón de María², en una de las paredes laterales del altar de Nuestra Señora de Montserrat, estaban pintados los decires: “Yo hice nacer en el cielo una luz inapagable, y sentéme en el trono sobre una columna de nubes”.

Y en el avión, yo miraba hacia abajo, veía una alfombra de nubes y pensaba: “El trono del Profeta se asentaba en una columna de nubes. Yo estoy aquí volando varios kilóme-

tros encima de las nubes. Sin embargo, mire a ese individuo durmiendo allí, aquél otro leyendo una revista, etc. Aquello que el Profeta juzgaba una cosa de quedar desvariado y elevado al cielo, esta caja de aluminio qué es lo que hace: quiebra estas maravillas y lleva hasta allá la corriente de la banalidad.”

Entonces, ¿fue hecho algo útil? Es una pregunta que se puede hacer, mas cuya respuesta dejamos para otra ocasión. ❖

(Extraído de conferencia de 13/08/1986)

- 1) Del francés: Antiguo Régimen. Sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII
- 2) Situada en Rua Jaguaribe, barrio de Santa Cecilia, en San Pablo.



Madre de Dios y Madre nuestra

Dios, estableciendo la unión hipostática con la naturaleza humana, dignificó toda la Creación. Quiso que esa unión se diese en el seno virginal de María Santísima, Aquella que supera a todas las simples creaturas.

La importancia de la Maternidad Divina de Nuestra Señora para la piedad católica está en que todas las gracias extraordinarias recibidas por la Virgen María – que hicieron de Ella una creatura única en todo el universo y en la economía de la salvación – tienen como título y punto de partida el hecho de María ser Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

El espíritu contrarrevolucionario ama el matiz

Podemos ver como en la obra de Dios se estableció una especie de jerarquía, y como todas las cosas de la Providencia son matizadas.

El espíritu revolucionario está a favor de las simplificaciones. El espíritu contrarrevolucionario, por el

contrario, ama el matiz. Y cuando ve algo antitético, difícil de entender, ama aquello porque sabe que en aquella aparente antítesis hay, en el fondo, una verdad muy bonita que terminará comprendiendo.

Desde pequeño, yo tenía sorpresas cuando veía en la Iglesia ciertas cosas que me dejaban confundido. Pero después profundizaba la observación y notaba que, cuanto más extraño era lo que veía, más bonita era la explicación de aquello.

Me habitué, entonces, a la idea de que toda objeción que se intente hacer a la Iglesia es como los pequeños huecos que se encuentran en la arena de la playa, de los cuales salen unas burbujas. Se cava en uno de ellos y aparece un caracol. Así también en la Iglesia. Si se sabe esperar y profundizar, todo cuanto parece extraño

o antitético y contradictorio, que no se entiende bien, en cierto momento Nuestra Señora nos hace comprender aquello y encontramos una “perla”, una verdadera maravilla. Esto es propio de la Iglesia: en una cosa erizada de contradicciones, se encuentra siempre algo de una armonía profunda que esconde una verdad.

Para un espíritu cartesiano, ¿Qué afirmación puede parecer más absurda que la de “Madre de Dios”? Una persona que nunca tuvo clases de Doctrina Católica se confundiría sabiendo que la Iglesia Católica enseña que Dios es eterno, puro espíritu y, al mismo tiempo, que tiene Madre. Madre material, carnal, de un ente espiritual; Madre temporal de un ente eterno. Se ve ahí una serie de contradicciones. Tratándose de la Iglesia, en todo cuanto se juzga absurdo no hay absurdo. Existe una armonía profunda y superior prendida a un principio extraordinario. La cuestión está en esperar para comprender.

Esencia de la devoción mariana

Dios infinito, eterno, perfecto, crea los Ángeles y, por debajo de ellos, los hombres. Pero la encarnación, la unión hipostática, no es establecida con Ángeles, sino con la naturaleza humana. También parece una contradicción, pues la dignidad superior de los Ángeles pediría que la unión hipostática fuese hecha con el coro angélico más alto.

Ahora, Dios, estableciendo la unión hipostática con la naturaleza humana – por lo tanto en un grado menos elevado que el angélico –, opera una maravilla mayor de que si hiciese esa unión con un Ángel, pues apenas dignificaría las creaturas espirituales. Sin embargo, realizándola con la naturaleza humana Él dignifica los Ángeles porque el hombre, en cuanto alma y cuerpo, participa de la dignidad espiritual de los Ángeles; y

ennoblece aún todo el reino material, pues el hombre es hecho también de materia. Así, todo el cosmos se dignifica mucho más con la aparente incongruencia de la unión hipostática hecha con la naturaleza humana, de que si ella fuese realizada con una naturaleza angélica.

Se establece, de ese modo, una jerarquía admirable: por encima de todo, Dios infinito, incomparable a cualquier criatura; después, la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, en quien la condición de criatura es aceptada en unión hipostática con la naturaleza divina: Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Después de Nuestro Señor Jesucristo naturalmente hay un abismo. Sin embargo ese abismo es llenado por Aquella que supera todo cuanto puede existir en la mera Creación: María Santísima, Madre del Verbo encarnado.

El espejo más perfecto de Dios, que pueda existir en una mera criatura, es la Santísima Virgen. Es la Reina de los Ángeles y de los hombres, la Reina del Cielo y de la Tierra, revestida de todas las otras cualidades y gracias, de todos los otros títulos que Ella posee, incluso el de la mediación universal; todo eso por el hecho de ser Madre de Dios. La Maternidad de Nuestra Señora, de algún modo es la propia raíz, la propia esencia de la devoción mariana.



Gustavo Kraijl

Ángel tocando trompeta. Sevilla, España



Gustavo Kraijl

Nacimiento de María Santísima. Museo de la Catedral, San Petersburgo, Rusia



Espíritu simplificador revolucionario

Hace unos veinte años, yo quise fundar una Congregación Mariana en un barrio de San Pablo, y una de las personas invitadas por mí para hacer parte de ella dijo: “La congregación se llamará Nuestra Señora, Madre de Dios.”

Me pareció irreprochable y le pregunté: “Pero, ¿por qué escogió ese título poco usual?”

Respuesta: “Porque, al final, en Nuestra Señora sólo importa el hecho de ser Madre de Dios. Todos los otros títulos dados a Ella no valen nada.”

Evidentemente en esa concepción había un desequilibrio. Sería lo mismo que decir: en el árbol sólo se debe considerar la raíz y el tronco; los gajos, las flores, los frutos no importan.

En eso entraba la influencia del espíritu simplificador protestante, revolucionario que, bajo el pretexto de ir a

las raíces, rechaza los gajos, afirmando que, una vez aceptada la doctrina, se busca despojarla de toda esa complejidad y variedad de títulos de invocación, para quedar sólo en el tronco.

El espíritu católico es lo opuesto de esa mentalidad. Él busca venerar inmensamente ese título de Nuestra Señora, respetándolo como merece ser respetado, pero por eso mismo deseoso de sacar de él todas sus consecuencias. Así, considera con veneración las mil invocaciones ya existentes y para las nuevas que se crearán hasta el fin del mundo, a fin de rendir culto a la Santísima Virgen bajo mil aspectos, siempre derivados de la Maternidad Divina.

Aún sobre esa invocación podemos considerar un punto muy importante. Nuestra Señora como Madre de los hombres y, por lo tanto, nuestra Madre. La gracia más preciosa que podemos recibir, en materia de devoción a María Santísima,

es que Ella condescienda en establecer, por lazos inefables, con cada uno de nosotros una relación verdaderamente maternal. Eso se puede dar de mil maneras diferentes. Pero generalmente Nuestra Señora se revela verdaderamente nuestra Madre cuando nos saca de algún apuro de modo especial, que nos queda grabado indeleblemente, o cuando Ella nos perdona alguna falta particularmente imperdonable, por una de esas bondades que sólo las madres pueden tener. Jesucristo curaba la lepra de manera a no quedar nada de la enfermedad. Realmente, en aquella falta nada merecía ser perdonado, nada tenía allí atenuante, todo pedía solamente la cólera de Dios; sin embargo Ella como Madre, con su soberano poder, indulgente como sólo las madres consiguen ser, con una sonrisa borra todo, elimina el pasado que queda quemado y completamente olvidado.

Una sonrisa más, un perdón más

A veces Nuestra Señora concede esas gracias de un modo tal que, en la vida entera, el alma queda marcada con fuego. Es fuego del Cielo, no de la Tierra y menos aún del Infierno: la convicción de que podemos recurrir a Ella en circunstancias mil veces más indefendibles, y siempre Ella nos perdonará de nuevo, porque abrió para nosotros una puerta de misericordia que nadie cerrará.

Es propiamente de lo que vive nuestra familia de almas. Un crédito de misericordia abierto por Nuestra Señora, pero de misericordia como probablemente hubo pocas veces. Sin merecer alguna cosa, Ella aún tiene para nosotros una sonrisa más, un perdón más. “Porque ellos eran débiles, Yo les abrí una puerta que nadie podrá cerrar”, dice el Apocalipsis (cf. Ap 3, 8). Podemos ver aplicadas muy legítimamente esas palabras al Inmaculado Corazón de María y al Corazón Materno de María hacia nosotros.

De manera que, propiamente, cuando se habla de la gracia especial de nuestra familia de almas, no se debería entender como gracia merecida por nosotros; pero – sí en cuanto una gracia dada por Nuestra Señora e inmerecida – yo no conozco verdad más palpable, pero digna de nuestro amor y de nuestra gratitud.

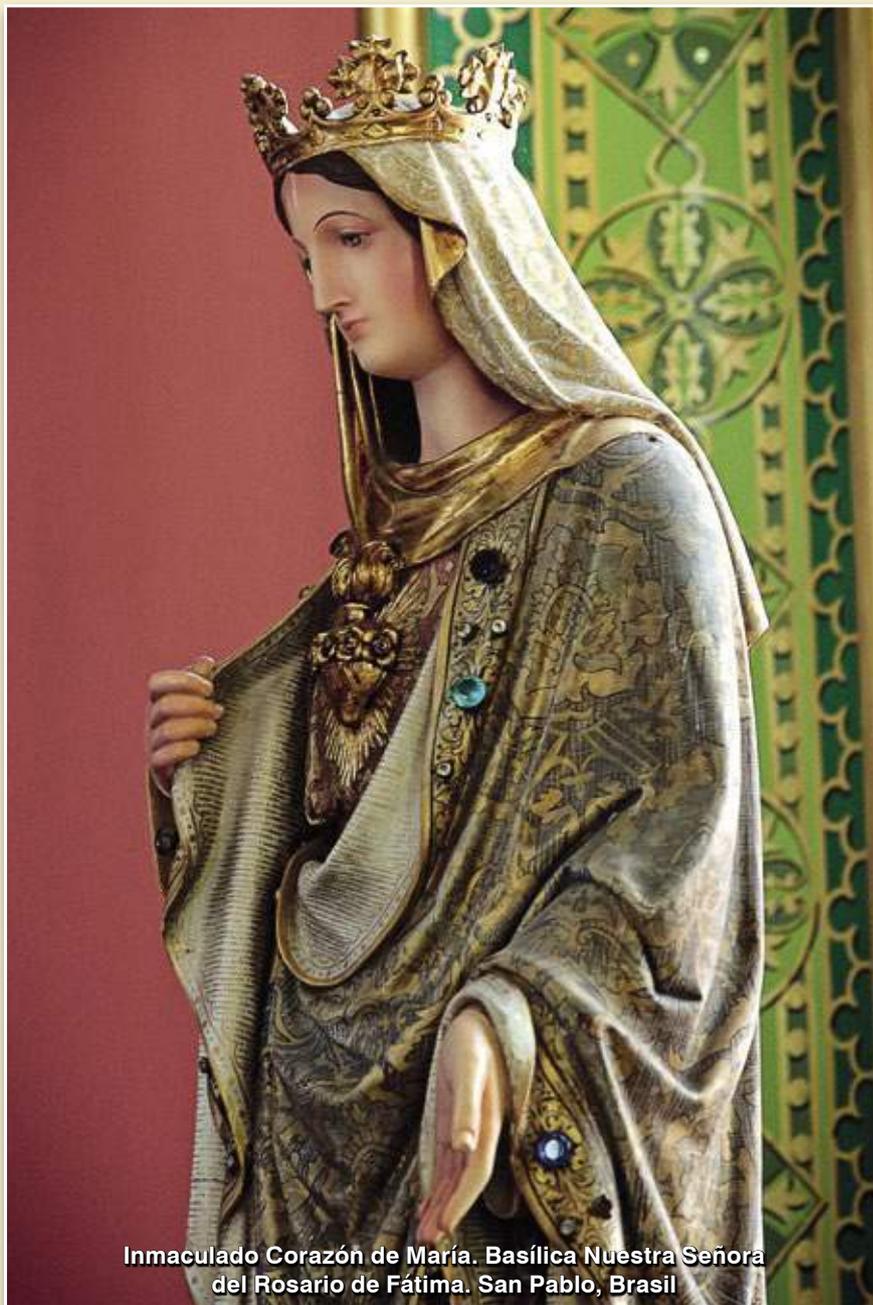
Para dar una imagen creada, muy sencilla, que me viene ahora al espíritu, nosotros estamos para María Santísima como Brasil con relación a los Estados Unidos: pagamos un préstamo, contraemos nuevos préstamos en que están incluidos los intereses del préstamo anterior; estamos completamente atascados. Sólo que Ella nos trata como Estados Unidos está muy lejos de tratarnos. Si Nuestra Señora nos da la gracia, al cabo de este día o de esta semana, de tener en lo íntimo del alma un sentimiento de confianza – no por-

que tengamos razón para estar contentos con nosotros, sino porque sabemos cómo Ella es buena –, tengo la impresión de que el día y la semana fueron enteramente pagos.

Existe un antiguo refrán que dice: “Más vale caer en gracia que ser gracioso.” Cuando un potentado, un rey, por ejemplo, encuentra gracia en alguien, eso es mejor que el hecho de alguien tener gracia. Si el potentado encontró gracia, todas las

cosas pasan como si fuesen graciosas. Sin embargo, ¿sirve tener gracia cuándo el potentado no encuentra gracia? Eso pasa con nosotros en relación a Nuestra Reina, María Santísima: no tenemos gracia, pero caemos en gracia, lo que debe ser para nosotros motivo de alegría y satisfacción. ♦

*(Extraído de conferencia de
11/10/1965)*



**Inmaculado Corazón de María. Basílica Nuestra Señora
del Rosario de Fátima. San Pablo, Brasil**



Conociendo y amando a Nuestro Señor

Desde niño, analizando la fisonomía de Nuestro Señor representada en bellas imágenes, el Dr. Plinio discernía su Alma y se esforzaba por componer cómo debería ser la mentalidad correspondiente a aquel semblante. Al tomar conocimiento de los episodios narrados en los Evangelios, comprendió que ellos estaban enteramente de acuerdo con aquella mentalidad.

Amor y comprensión

Al considerar las narraciones de los Evangelios, se percibe que los Apóstoles y todas aquellas personas que se relacionaban con Nuestro Señor –exceptuando naturalmente a Nuestra Señora– no habían entendido bien al Redentor.

Con el correr del tiempo, después de los primeros equívocos, acabaron por lo menos no formando ideas erradas a su respecto. Pero se nota que no tenían una idea exacta de cómo era la Persona de Nuestro Señor.

Esa comprensión era de una importancia trascendental para ellos amarlos como debían haberlo amado. En contraposición, si lo hubieran amado como deberían, habrían comprendido tanto cuanto debían. Así es la verdadera relación entre amor y comprensión, y ellos no tuvieron ese amor. El resultado es que les costó reconocerlo como Dios.

Nuestro Señor les preguntó: “Y vosotros quién decís que soy Yo” (Mat. 16,15). San Pedro dijo que Él era el Hijo de Dios por lo que el Señor le manifestó su agrado, constituyéndolo fundamento de su Iglesia y estableciendo el papado. Según me parece, en esa ocasión ellos lo reconocieron como Hijo de Dios. Pero antes...

La voz, las miradas, los gestos de Nuestro Señor

¿Quién es Nuestro Señor Jesucristo? Él forma con el Verbo de Dios una sola persona. No hay dos personas, la del hombre y la del Verbo de Dios, ligadas de algún modo. No es eso. ¡Es una sola Persona, que



Jesús cura al paralítico, Galería Nacional, Parma, Italia

tiene dos naturalezas: la divina y la humana!

En Jesús Nuestro Señor hay por lo tanto una verdadera Alma y un verdadero Cuerpo, unidos entre sí como lo están el alma y el cuerpo en cada uno de nosotros. Pero esa Alma y ese Cuerpo están a su vez unidos hipostáticamente a la naturaleza divina, constituyendo una sola Persona, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Por esto, cada vez que Él hablaba, era el Verbo de Dios quien hablaba; cada vez que Él miraba, era el Verbo

de Dios quien miraba; cada vez que Él hacía cualquier gesto, era un reflejo –el más perfecto que se pueda imaginar– de la Naturaleza Divina en la Naturaleza humana.

Manifestaba de esta manera una santidad, una perfección, una superioridad de la cual no podríamos tener idea, ni aun remota, si la gracia de Dios no nos ayudase.

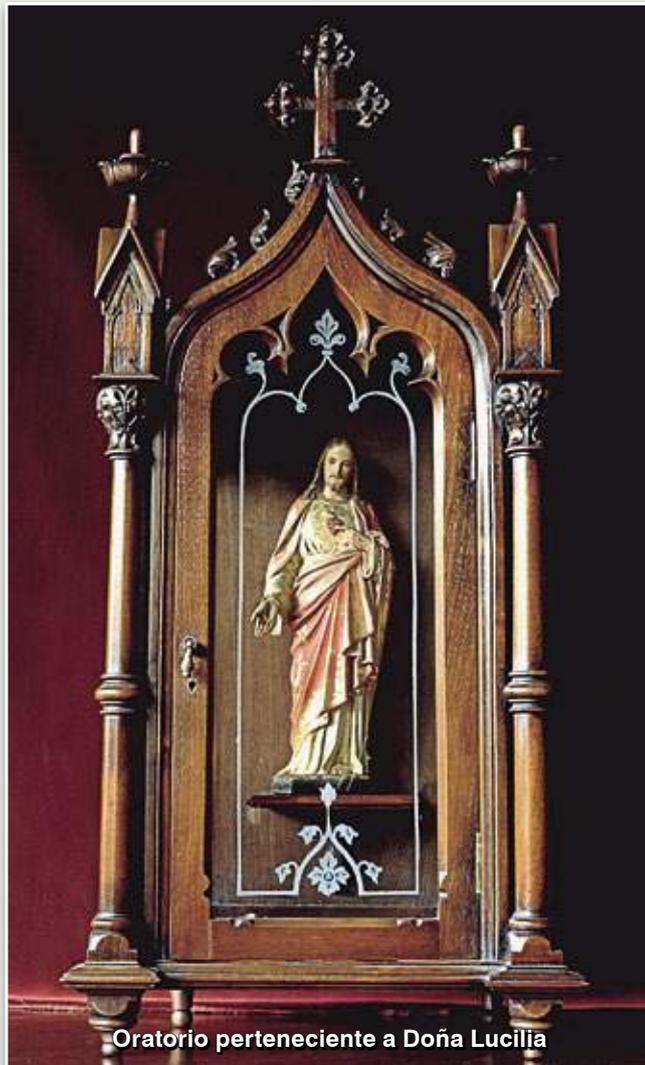
Si nos formásemos una idea tan exacta cuanto podemos y debemos de cómo fue Él, habríamos comenzado a amarlos como nos es menester amarlos.



Entrega de las llaves a San Pedro – Catedral de Santiago de Chile



Archivo revista



Oratorio perteneciente a Doña Lucilia

La voz, sus miradas, sus gestos... ¡qué espejo son de la Santísima Trinidad! Necesitamos reconstituir un poco esto para amarlo como Él merece ser amado, y que no haya equívocos amándolo como no es Él. Pues si amásemos a Nuestro Señor como no es, terminaríamos un poco amando a quien no es. Comprendemos bien el peligro que eso significa.

Éste es un trabajo muy delicado y, si no fuese con la ayuda de la gracia, no se haría en el alma de nadie. Porque es mucho más alto que el pensamiento de cualquier hombre. Además, sería necesario utilizar datos enteramente imponderables; ser un psicólogo extraordinario para poder recomponer. Naturalmente no

to de partida que la fisonomía habitualmente presentada por las imágenes de Nuestro Señor era fidedigna. Aquél era el rostro que Él tuvo en su vida terrena. Y por lo tanto, aquella fisonomía ya quería decir alguna cosa.

Me acuerdo que, dado a examinar a las personas por el rostro, instintivamente yo analizaba por largos períodos la fisonomía de Él. Sobre todo en aquella imagencita del Sagrado Corazón de Jesús que hay en el oratorio del cuarto de mi madre.

Larga, atenta y meticulosamente – cuanto pueda caber en la mente de un niño – yo la examinaba. Y era enteramente ajustada con las imágenes existentes en la iglesia del Sagra-

do Corazón de Jesús, en un altar lateral y también en el techo y formaba una resultante, una especie de figura central correspondiente a lo esencial de esas varias imágenes, y era como yo lo imaginaba a Él.

Analizando una imagen del Sagrado Corazón de Jesús

Por causa de eso, me parece que con el Bautismo y las primeras impresiones religiosas, nos es dada una primera noción de Él, que se va perfeccionando con el tiempo.

Por ejemplo, puedo recordar cómo esa noción se fue constituyendo poco a poco en mi propia alma.

Gracias a Dios tomé como pun-

to de partida que la fisonomía habitualmente presentada por las imágenes de Nuestro Señor era fidedigna. Aquél era el rostro que Él tuvo en su vida terrena. Y por lo tanto, aquella fisonomía ya quería decir alguna cosa.

Me acuerdo que, dado a examinar a las personas por el rostro, instintivamente yo analizaba por largos períodos la fisonomía de Él. Sobre todo en aquella imagencita del Sagrado Corazón de Jesús que hay en el oratorio del cuarto de mi madre.

Larga, atenta y meticulosamente – cuanto pueda caber en la mente de un niño – yo la examinaba. Y era enteramente ajustada con las imágenes existentes en la iglesia del Sagra-

do Corazón de Jesús, en un altar lateral y también en el techo y formaba una resultante, una especie de figura central correspondiente a lo esencial de esas varias imágenes, y era como yo lo imaginaba a Él. Al tomar conocimiento de los episodios de la vida de Nuestro Señor procuraba preguntarme si se ajustaban con aquello que imaginaba de su mentalidad. Y percibía que no solo estaban de acuerdo sino que tomaban un realce extraordinario, imaginando los predicados de Aquel Varón, con aquella fisonomía y aquella actitud. Ese Rostro explicaba el episodio, el episodio explicaba al Rostro; y yo me sentía por lo tanto en la verdadera pista para entender cómo era Él. Después trataba de ver también en la Iglesia: una vez que Él poseía tal fisonomía, correspondiente a tal personalidad, si tuviese que crear la Iglesia, ¿la habría hecho como Ella es? ¡Y llegaba a la conclusión de que sí! Era enteramente lo que Él debía hacer.

Fusión de las virtudes opuestas, formando una armonía extraordinaria

De ahí se deducía una confirmación de la fe originaria que recibí – por bondad de Nuestra Señora– tan pronto fui bautizado. Con el Bautismo nos transformamos en templos del Espíritu Santo; la gracia habita en nosotros. Eso nos ayuda enormemente para la formación religiosa vista como un todo, y a su vez, favorece el amor el cual nos ayuda a conocer mejor. Antes que nada, la impresión que Nuestro Señor causaba en mí, al ver su Humanidad Santísima, es la de que está envuelto en reflexiones enormemente superiores a todo cuanto se pueda imaginar, de una elevación sin proporción con nada. Sin embargo, no pudiendo llegar ni de lejos con el pensamiento hasta

donde Él llegaba, alguna luz de esas reflexiones se dejaba trasparecer en Él, y yo veía el alma de Nuestro Señor como inundada de esas luces de las cuales estaba repleto.

Sería más o menos como un hombre que no puede entrar en una catedral en la noche, pero desde afuera ve que ella está con las lámparas encendidas en su interior. Mira por lo tanto los vitrales iluminados, se aproxima y oye la música, se acerca aún más y el perfume del incienso llega hasta su olfato. Se encanta con la catedral donde no entra... las señales de la catedral lo hacen percibir algo de su belleza. Así seríamos nosotros – al menos yo – con Él.

De esa forma percibía desde el primer momento algo de una elevación prodigiosa; por el aspecto más profundo por el cual yo lo podía comprender y, con esa característica de una fusión en nivel indeciblemente alto, de las virtudes más opuestas, y que formaban una armonía extraordinaria.

Por ejemplo, una fuerza incomparable y al mismo tiempo una bondad sin par; una severidad inquebrantable y un perdón de una dulzura infinita; un poder de tranquilizar sorprendente, aliado a una capacidad insuperable de mover para la lucha; una trascendencia divina con la posibilidad de descender hasta la última de las personas o incluso a un perrito, para hacerle un beneficio cualquiera. Estoy seguro de que si un perrito se aproximase de Nuestro Señor, Él se alegraría con eso.

Esta situación indica la superioridad e inmensidad maravillosas de Nuestro Señor, para que virtudes tan opuestas, llevadas a un grado sumo, puedan caber en Él con tanta armonía.

En esa armonía estaría exactamente lo que mi mirada podía captar mejor de los reflejos de la gracia divina, traspareciendo en la naturaleza humana de Nuestro Señor Jesucristo.

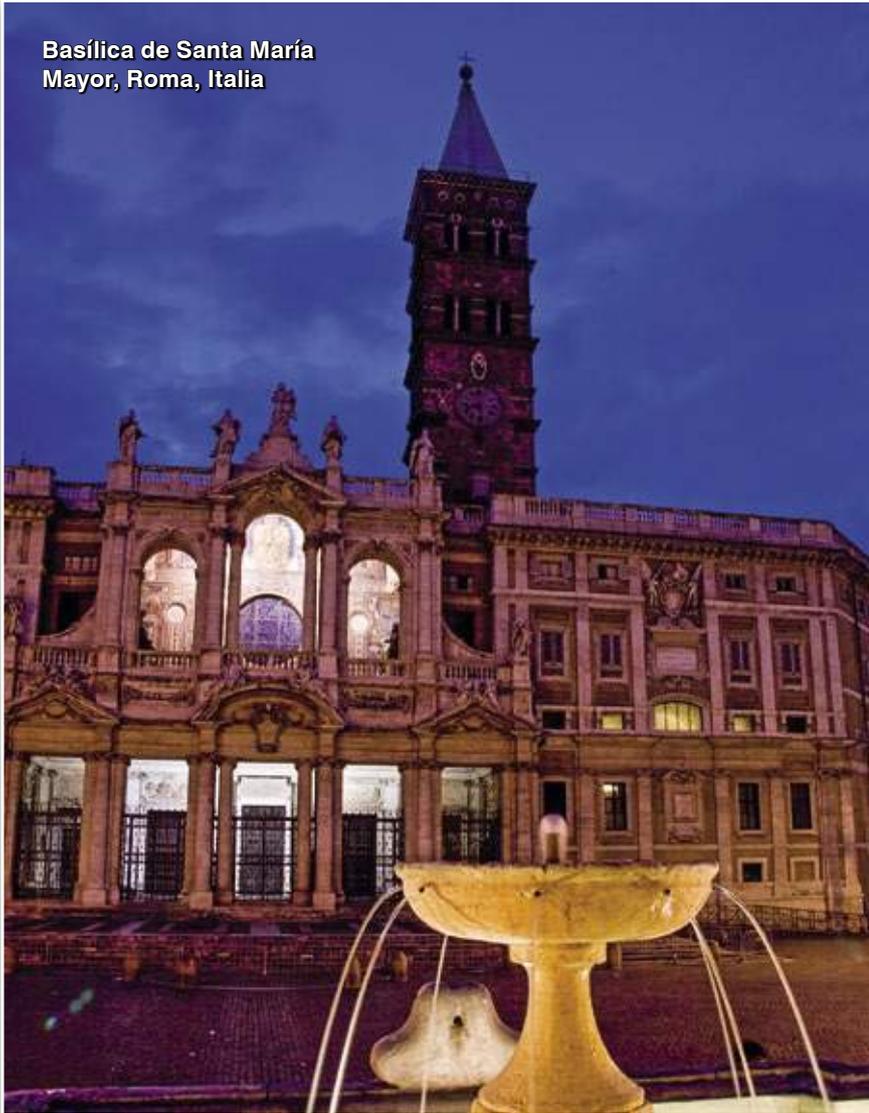


Imagen del altar lateral de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, mencionada por el Dr. Plinio – San Pablo, Brasil



Gustavo Kraijl

Basílica de Santa María Mayor, Roma, Italia



Con esto y por esto ¡mucha gravedad también y una seriedad enorme! Sería imposible imaginarlo hablando una cosa banal o incluso diciendo algo que no tuviese por detrás una razón infinitamente elevada y perfecta.

Variedades del modo de ser del Redentor

Aun cuando Él dormía, su sueño era de una perfección, de un equilibrio, de una dulzura y una fuerza con tal poder de manifestación de su santidad completa, que si una persona entendiendo quién y cómo era Él, pudiese sólo pasar una noche entera viéndolo dormir, consi-

deraría esa noche como la más feliz de su vida.

Él poseía la naturaleza humana en toda su perfección, y ésta, inundada por la unión hipostática con favores divinos insondables. Por lo tanto, mirando para cada uno de nosotros conocería enteramente cómo somos y sabría cómo tratarnos. De tal manera que conforme Él quisiese, la persona se sentiría vista hasta el fondo del alma en sus lados ruines o en sus aspectos buenos.

Los lados mezquinos, con un rechazo por donde el individuo tendría deseos de huir de su propio pecado. Los aspectos buenos, con una tal atracción que la persona desea-

ría multiplicar por cientos de millones su virtud, ya desde el inicio!

Sin embargo, por una bondadosa condescendencia hacia los hombres, Él no miraba enteramente ni de una ni de otra forma, a no ser en situaciones excepcionales, para que las personas pudiesen vivir a su lado.

Los episodios de la vida de Nuestro Señor son todos maravillosos; pero no me impresiona tanto éste, aquél o aquél otro episodio cuanto la variedad de su modo personal de ser mientras iba de un lado para otro.

Un grito majestuoso que agrieta la sepultura y resucita a Lázaro

Por ejemplo, durante toda mi vida me impresionó la majestad de Nuestro Señor delante del sepulcro de Lázaro. En primer lugar, la bondad con la cual lloró junto al sepulcro porque Lázaro murió. Y después, como no pudiendo contener su propio dolor, gritó: “¡Lázaro, ven afuera!” (Jn. 11, 43), con un grito que imagino majestuoso y capaz de agrietar la sepultura. Y la vida vuelve a Lázaro. ¡Es una cosa majestuosa!

Imaginar a Nuestro Señor recibiendo la censura de Marta: “Señor, si hubieses venido antes, mi hermano no hubiera muerto...” (Jn. 11,21). Parece estar insinuado que, por la relación de amistad entre los dos, Jesús tenía la obligación de evitar la muerte de Lázaro, y tal vez fuese así... Sin embargo, Él hizo algo mejor que salvarlo de la muerte: ¡Lo sacó de la muerte!

En aquel momento, quizá Él hubiese parecido a Marta ligeramente tiznado de culpa... ¿Y cómo se comportó en esta ocasión Nuestro Señor, en que Él no le dio a ella ninguna satisfacción? Fue a la sepultura y casi pareció justificar la censura de ella, llorando.

Entonces, ¿por qué lo dejó morir? ¿Por qué no vino más pronto?



La resurrección de Lázaro - Museo de Bellas Artes, Tours, Francia

Francisco Lecaros

¿Lloráis la muerte que podríais haber evitado? ¿Qué llanto es ése?

¡Él hace que Lázaro resucite dejando extasiado a Marta! Esas cosas no admiten comentario...

Después la escena de los fariseos diciendo que era necesario que Él fuese muerto (Cfr. Jn 11, 50-53). La primera vez que ellos hablaron de matar a Jesús fue cuando vieron que Lázaro fue resucitado. Y Él conocía todo eso.

También podemos imaginar a Nuestro Señor viendo a Marta, con certeza postrada delante de Él, llorando con emoción dulcísima, y atendiéndola como quien dice: “Hija mía, Yo te perdono. ¡Deberías haber comprendido que no hay falta alguna en Mí! Pero, te dejo un don que no esperabas.” Acto seguido pasa cerca de los fariseos y lanza una mirada... ¡Qué mirada! No se consigue imaginar; sólo podemos vislumbrar eso.

Podemos también considerarlo en otra circunstancia: yendo a Betania a descansar. Imaginarlo entonces afable, reposando en la relación con

Marta, María, Lázaro, los Apóstoles, Nuestra Señora, en la vida cotidiana de la residencia de Lázaro, recibiendo las honras, conversando en la intimidad. ¡Cómo esto debía consolarlo de tanta infamia!, al ver lo que había de maravilloso en aquellas almas que Él estaba formando en la virtud.

Esas varias actitudes del Señor, sucediéndose unas a otras, sobre todo en el momento de pasar de una posición para otra, nos dejan especialmente encantados.

(Extraído de conferencia de 9/6/1984)



La prisión de Jesús
Museo Nacional de San Martín, Nápoles, Italia

Francisco Lecaros



SANTORAL

Basil di Firenze (CC3.0)



Beato Odorico Mattiuzzi de Pordenone

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

San Claro, abad († 660/670). Superior del Monasterio de San Marcelo en Vienne, Francia.

2. Santos Basilio Magno († 379) y **Gregorio Nacianceno** († c. 388), obispos y doctores de la Iglesia.

Beata Estefanía Quinzani, virgen († 1530). Miembro de la Orden Tercera de Santo Domingo en Soncino, Italia, se dedicó a la contemplación de la Pasión del Señor y la formación de las jóvenes.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

San Teógenes, mártir († 320). Detenido, torturado y lanzado al mar en Pario, actual Turquía, por negarse a prestarse servicio militar a causa de su fe.

4. San Rigoberto, obispo († c. 743). Expulsado de la Sede Episcopal de Reims, Francia, por Carlos Martel, rey de los francos.

5. San Eduardo el Confesor († 1066). Logró establecer la paz en su reino y promovió la comunión con la Sede Apostólica.

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor

Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, virgen († 1925). Fundadora de la Congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, en Madrid, España. Víctima de incomprendimientos, renunció al cargo de superiora y vivió santamente los últimos 32 años de su vida entregada al sufrimiento y a la penitencia.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero († 1275).

Beato Ambrosio Fernández, mártir († 1620). Fue admitido como religioso en la Compañía de Jesús, en Japón y después de haber padecido muchas privaciones, murió por Cristo en la cárcel.

8. San Jorge, monje y eremita († c. 614). Durante la semana vivía como anacoreta en el monasterio de Coziba, Palestina, y los domingos se reunía con los otros religiosos para predicarles, escucharlos y darles consejos.

9. San Marcelino, obispo († s. VI). Obispo de Ancona, Italia, que por el poder divino salvó a la ciudad de un incendio.

10. San Pedro Orséolo (o Urséolo), monje († c. 987/988). Después de haber sido dux de Venecia, pasó el resto de su vida en un desierto cercano a la Abadía de San Miguel de Cuixá, Francia.

11. San Teodosio, monje († 529). Después de un largo tiempo de vida solitaria, acogió a muchos discípulos e instauró la vida comunitaria en los monasterios por el construidos en Asia Menor.

12. San Benito Biscop, abad († c. 690). Se empeñó en que los religiosos del mo-

nasterio de Wearmouth, Inglaterra, adquirieran mayores conocimientos de la ciencia del amor de Cristo.

13. Bautismo del Señor.

San Hilario de Poitiers, obispo y Doctor de la Iglesia († 367).

San Pedro de Capitolias, presbítero y mártir († 713). Por haber predicado la fe cristiana en la región de Capitolias, Siria, el gobernador sarraceno mandó cortarle la lengua, las manos y los pies. Por último, fue crucificado.

14. Beato Odorico Mattiuzzi de Pordenone, presbítero († 1331). Religioso de la Orden de los Menores que recorrió los territorios de los tártaros, de los indios y de los chinos, anunciando el Evangelio.

15. San Francisco Fernández de Capillas, presbítero y mártir († 1648). Sacerdote dominico de origen español, preso por largo tiempo y finalmente decapitado en la provincia china de Fujian.



Santa Ángela Mérici

Sergio Hollmann

16. San Leobacio, abad († s. V). Fue designado por su maestro San Urso como superior del monasterio de Senneviere, en Tours, Francia.

17. San Antonio, abad († 356).

San Marcelo, obispo († 510). Fue desterrado de la diócesis de Die, Francia, por el rey ariano Eurico.

18. Santa Margarita, virgen († 1270). Hija del rey Bela IV, de Hungría, se consagró al Señor como religiosa dominica a los 12 años de edad.

19. Beato Marcelo Spínola y Maestre, obispo († 1906). Arzobispo de Sevilla, España, demostró ardiente celo por la santificación de las almas.

20. I Domingo del Tiempo Ordinario

San Fabiano, Papa y mártir († 250).

San Sebastián, mártir († s. IV).

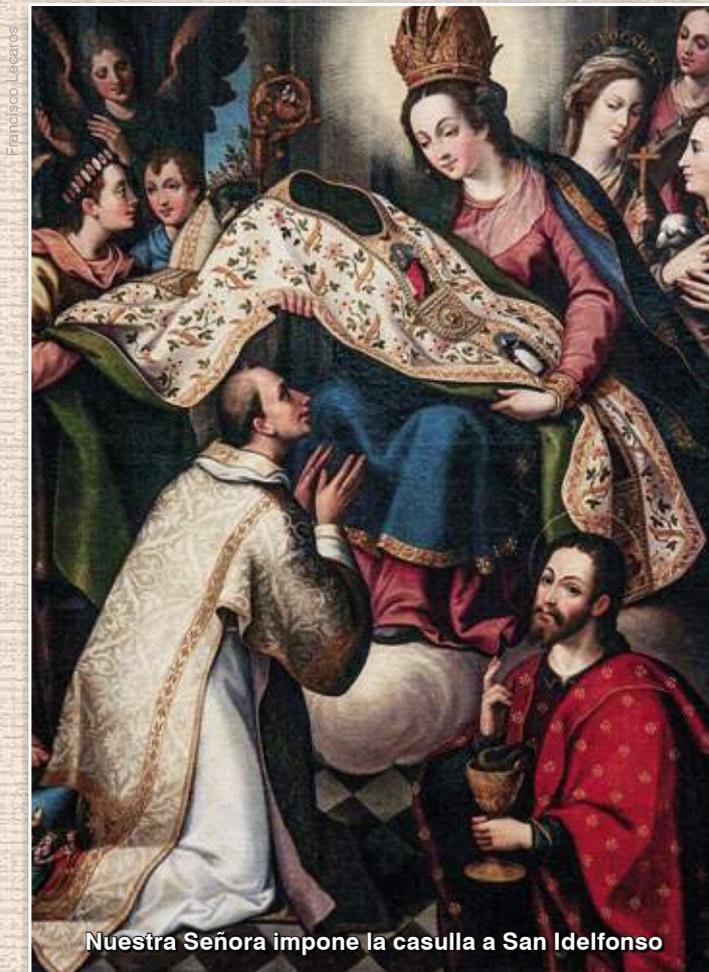
21. Santa Inés, virgen y mártir († s. III / IV).

San Epifanio, obispo († 496). Durante las invasiones bárbaras, trabajó incansablemente por la reconciliación de los pueblos, por la redención de los cautivos y por la reconstrucción de la ciudad de Pavía, donde murió.

22. San Vicente, diácono y mártir († 304).

Beato José Nascimbeni, presbítero († 1922). Fundó en Castelletto de Garda, Italia, el Instituto de las Pequeñas Hermanas de la Sagrada Familia.

23. San Ildelfonso, obispo († 667). Siendo cenobita, fue elegido Obispo



Nuestra Señora impone la casulla a San Ildelfonso

de Toledo, España. Escribió libros con refinado estilo, compuso célebres oraciones litúrgicas y veneró con admirable celo y devoción a la Virgen María.

24. San Francisco de Sales, obispo y Doctor de la Iglesia († 1622).

San Babilas (o Bábil), obispo y mártir († 250). Muerto en Antioquía de Siria, actual Turquía, durante la persecución del emperador Decio, junto con tres jóvenes por él instruidos en la Fe.

25. Conversión de San Pablo, Apóstol.

Beato Henrique Susón (o Suso), presbítero († 1366). Sacerdote dominico alemán, que soportó pacientemente numerosas tribulaciones y enfermedades, y

predicó el Santísimo Nombre de Jesús.

26. San Timoteo y San Tito, obispos.

San Alberico de Císter, abad († 1109). Uno de los fundadores del Monasterio de Císter, en Francia.

27. II Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Ángela Mérici, virgen († 1540).

San Gilduino, obispo († 1077). Electo Obispo aún joven, alcanzó del Papa Gregorio VII dispensa de esta función por juzgarse indigno de ella, y terminó sus días en la región de Chartres, Francia.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia († 1274).

Beato Julián Mau-noir, presbítero († 1683). Sacerdote de la Compañía de Jesús que se dedicó totalmente a las misio-

nes populares en la región de Plévin, Francia.

29. San Sulpicio Severo, obispo († 591). San Gregorio de Tours elogió su sabiduría, celo pastoral y empeño en restaurar la observancia religiosa en la diócesis de Bourges, Francia.

30. Beata Carmela García Moyón, mártir († 1937). Catequista que fue quemada viva en Torrent, España.

31. San Juan Bosco, presbítero († 1888).

San Francisco Javier María Bianchi, presbítero († 1815). Sacerdote de la Orden de los Clérigos Regulares de San Pablo, dotado de dones místicos, condujo muchos a la vida de la gracia en Nápoles, Italia.



Un impulso del pasado con vistas al futuro – I

Al comentar la sociedad orgánica, el Dr. Plinio muestra el papel del patriarca en la constitución de las ciudades. De manera medio consciente o subconsciente, el patriarca es quien toma el impulso del pasado y lo lleva hasta el futuro.

Mi plan en esta conferencia es detallar un poco más lo que fue el patriarcado primitivo, para pasar enseguida a considerar cómo sería una sociedad patriarcal en nuestros días, y más adelante analizar cómo sería el Sagrado Corazón de Jesús en cuanto Patriarca de la Iglesia Católica y de la Civilización Occidental.

Es un tema de una altura casi inaccesible y no hay disertación que pueda llegar hasta allá. Pero, desde que sea tratado con amor y el corazón hable unido a la inteligencia inspirada por la Fe, algo de la gloria de Nuestra Señora puede aparecer.

Vigor de alma en el patriarcado primitivo

Cuando traté del patriarcado¹ la figura que más impresionó a mis oyentes fue la del primitivo patriarca de larga túnica blanca, despertándose a la aurora y saludando a las rosáceas nubes, al cielo azul todavía un poco pálido, a la luz que comienza a hacer saltar los primeros pajaritos, a las gotas de rocío todavía pendiendo



Ruinas del templo de Zeus-Atenas, Grecia

de las flores y de las hojas, que contempla los animales que despiertan y entonces toca el olifante. Al poco tiempo las tiendas se mueven, las personas salen, toman contacto unas con las otras y la vida recomienza. El Patriarca las saca del sueño –imagen de la muerte, y las lleva a la lucha diaria, que es la imagen de la vida.

¿Cuál es entonces su papel a lo largo del día? ¿Es apenas el de un guardia que anuncia la llegada de la noche y la llegada del día? O ¿es mucho más que todo eso?

La verdad es que el patriarca es aquel hombre que bajo su protección está seguro el sueño, pero también la vida es fecunda y se desarrolla saludablemente.

Es cierto que en función de la tribu que de él desciende, el patriarca puede ser comparado al bulbo de aquel del cedro del Líbano al que ya me referí (2). Pero ¿es él apenas una causa hacia la cual deben volverse reverentes los que de él descienden?

Evidentemente el patriarca es algo más que eso. Su fuerza para ser “causa” hace que no solamente haya generado sino también “marcado” con

el sello de su alma aquellas generaciones sucesivas de manera a dejar en ellas la marca: Hijo de tal Patriarca. Esto es mucho más profundo y no es apenas una capacidad de actuar sobre otros. Es una fuerza de “ser” que le da una fuerza de “actuar”.

¿Cuál es esa fuerza? ¿Cómo se entiende de esa manera el patriarcado?

El patriarca tiene un gran vigor de alma que consiste en la fuerza con la cual la voluntad, esclarecida por la inteligencia, quiere determinada meta, determinado orden, temple, energía y fortaleza con que la sensibilidad se somete a la voluntad.

Un hombre así va como una saeta disparada por un fuerte arco: cortando las distancias de tal manera que no habrá viento que la desvíe de su rumbo.

Orígenes de Atenas y de su población

En Atenas -que en cierto sentido era junto con Esparta la ciudad matriarcal de Grecia- había tribus primitivas otrora tal vez nómadas, que en determinado momento se establecieron y se dedicaron a cultivar la tierra.

En los lugares donde se fundaron Atenas y Esparta las tribus dependían de un patriarca descendiente de aquellos nómadas. Establecidas allí, él era para ellas más o menos un proyecto de rey, pues todo aquello era tan pequeño que todavía no constituía un Estado sino una enorme familia.

Había cerca de Atenas un puerto llamado Pireo, donde se establecieron familias de comerciantes de otros países, las cuales se fueron multiplicando. Esos comerciantes y los agricultores griegos compraban de otros países esclavos que iban también a vivir allí, formándose entonces tres categorías: Los patriarcas y sus descendientes propietarios de tierras; los comerciantes, que eran la segunda categoría, inmigrantes venidos no se sabía exactamente de dónde y que se agrupaban haciendo fortuna con el comercio; y los esclavos que eran los obreros. Correspondiendo todo propiamente a lo que es nobleza, burguesía y clase proletaria.

Los griegos de origen patriarcal no reconocían como griegos a los que no fueran descendientes de los fundadores y no les reconocían dere-



Vista de Atenas, Grecia



chos a votar ni a hacer uso de la palabra en público.

Los jefes de las varias tribus y los hombres más importantes se fueron a vivir propiamente a la incipiente ciudad de Atenas. Y cuando había problemas relativos al bien común, esos patriarcas se reunían para resolverlos compareciendo a esas reuniones con sus respectivas descendencias para que todos participaran así también en las decisiones. Entonces era prácticamente todo el pueblo ateniense propiamente dicho, el que comparecía a las asambleas generales. Como nadie era rey -pues ninguno de los patriarcas era tan importante para serlo y que los otros lo aceptasen- todo se resolvía mediante una votación. Ahora bien, ¿cómo se conquistaba la anuencia popular para esa votación? Mediante los discursos.

El gran orador inteligente que argumentase bien, hablase con armonía, tuviese una voz que llegase hasta lejos y supiese destacar sus palabras mediante gestos, tenía muy buenas posibilidades de llegar a ser rey de Atenas, pues arrastraba tras de sí aquello que podríamos llamar la asamblea patriarcal y en consecuencia influenciaba los destinos de todo el país.

Veamos en la historia de la más remota antigüedad un ejemplo característico en ese sentido: Demóstenes.

De joven gago a mayor orador de Grecia

Demóstenes entendía cuán importante era para la carrera de un hombre poseer una verba elocuente. Sabía muy bien que si conseguía hablar en Atenas, dirigiría los destinos de toda Grecia. Pero mucho más que el deseo de mando, lo animaba la idea de la belleza de la oratoria. Hablar bien en público y atraer a los otros era para él una cosa bella y justificaba la dignidad de una vida, independientemente de las ventajas del mando.

Demóstenes quería por lo tanto ser un gran orador pero tenía algunos de-



fectos, entre los cuales ser gago. Y este es precisamente el defecto que un candidato a la oratoria no debe tener. Además no era muy agraciado porque tenía un hombro caído y realmente no causaba buena impresión que subiera al estrado un orador encorvado.

Pero poseía sin embargo dos importantes cualidades: era muy inteligente y tenía gran fuerza de voluntad. Comprendía bien que al abordar un tema ante un auditorio, además de no gaguear, es necesario conocer la psicología de los oyentes para, en armonía con ellos, sirviéndose de un amplio y florido vocabulario con bellas figuras, transmitir de manera agradable su raciocinio.

Determinado como estaba a adquirir esos predicados y vencer sus defectos, consiguió un escudo de guerrero y se dirigió a un islote cerca de Atenas donde nadie lo pudiera ver. Se colgó el escudo al cuello, del lado contrario de donde era encorvado, de modo a obligarse a mantenerse erecto. Percibiendo cuál era su defecto en la lengua que lo hacía gago juzgó poder hacer su locución más fácil llenándose la boca con unas piedritas y así se puso a hacer largos discursos hablándole a las olas del mar como si fuese el públi-

co. Vean el vigor de alma de quien bajo cierto aspecto podría ser considerado un hombre patriarcal.

Su inteligencia entendió lo que había de superior en esta aptitud humana de la oratoria, su voluntad quiso aquello, sus sentimientos armónicamente se dirigieron en aquella dirección y entonces él venció las dificultades.

Podemos imaginar la sensación causada en los espectadores la primera vez que se presentó en plaza pública y todos notaron que se había desencorvado y dejado de ser gago.

Habiéndose ejercitado en hablar primero ante las olas cambiantes del mar, aprendió a dirigirse a las “ondas” mutables que hay en el espíritu humano. Se hizo así un orador consumado, el mayor orador de la historia de Grecia. He ahí un hecho de un gran hombre, pero los patriarcas, a su modo, tenían un mérito mayor.

El mérito de moldear toda una descendencia

Es propio de la naturaleza humana que el niño y la niña procuren instintivamente en el padre y la madre el ejemplo de lo que deben ser. Puede suceder que aparezcan decepciones con el tiempo, pero el primer movi-

miento es este: entusiasmarse con los padres y tomarlos como modelo.

Esto tiene una profunda explicación filosófica: Quien es causa eficiente debe ser también causa ejemplar. Y desde que corresponda bien a esa misión y dé buen ejemplo, debe ser seguido por aquellos que generó.

He observado lo siguiente a lo largo de mi vida: Si la familia es grande hay más posibilidades de que el padre sea modelo para sus hijos, que cuando la familia es poco numerosa. Y esto sobre todo si la familia es poco numerosa por culpa del padre, de la madre o de ambos. Parece haber cierto tipo de bendición de Dios para las proles fecundas.

Pero hay más: el hecho de haber cargado el peso de una familia nu-

merosa, dirigir muchos hijos, moldear y educar el alma de ellos, ser la causa ejemplar de todos, da al hombre una majestad, una amplitud de horizontes que el hombre que detuvo criminalmente su propia prole no tiene. Hay excepciones porque estas no son reglas absolutas, pero la norma general es esta.

La tradición es un pasado rumbo al futuro

En los pueblos que se están formando hay una consonancia mediante la cual todos los individuos tienden a llevar una existencia de determinado modo. Y el patriarca es quien posee en sí más ese modo. Por causa de eso, él representa mejor la vida dentro de aquel estilo.

Por ejemplo una población de pastores ve la manera del patriarca dirigir un numeroso rebaño, como numerosa es su prole. Su timbre de voz se hace respetar por la familia entera e incluso hasta de los animales. Así toda su casa tiene vueltos los ojos hacia él.

El patriarca representa aquello a lo cual la Providencia llama a toda la tribu. Él es la figura, el modelo vivo. La característica propia de ese pueblo en su auge va siendo moldeada sucesivamente por varias generacio-

nes de patriarcas. Sin embargo lo más bonito de esto es que no ocurre de una manera enteramente consciente sino medio subconsciente. Los patriarcas toman el impulso del pasado y lo llevan hacia el futuro. ¡Ellos son la tradición! Y como son la tradición, dan el rumbo. Un individuo sin tradición no tiene rumbo. Como toda verdadera tradición, los patriarcas son también la esperanza del futuro.

La tradición no es un pasado seco que murió y dejó nostalgias, sino un pasado en camino. Es un pasado que tiene una meta. Que quiere llegar a una determinada parte y las generaciones sucesivas de patriarcas conducen a esa meta. Y más que mantener esa conducción, esas generaciones de patriarcas van precisando, definiendo, poniendo de acuerdo y en consonancia la psicología de toda su gente. Ellos moldean una psicología y elaboran toda una tradición en la línea de esa psicología con una meta cada vez más próxima y más alta. Así, del carácter primitivo del pueblo va emergiendo su propio apogeo.

Un hombre que haya conocido a su bisabuelo, aunque este haya sido educado en los primeros vagidos infantiles de la patria, y después conoce a su propio bisnieto que nace en el momento en que el apogeo generacional de ella está brotando, toca, por así decirlo, con sus dos brazos, en un extremo y en el otro, abarcando vínculos y vínculos de generaciones para las cuales él es al mismo tiempo un punto final y un puente. ¡Este es un patriarca!

Cuando un país está bien organizado, todas las familias tienen numerosos patriarcas... ❖

(Continuará en el próximo número).

(Extraído de conferencia de 11/2/1986)

- 1) Ver Revista *Dr. Plinio*, No. 3, julio de 2018 "La Sociedad analizada por Dr. Plinio"
- 2) *Ibidem*.



Gunmar Bach Pedersen (CC3.0)

Francisco Lecaros

Anfiteatro en la Acrópolis de Atenas, Grecia.
En primer plano, Demóstenes

Cuadros impregnados de sobrenatural

Al aplicar su don de discernimiento de los espíritus en el análisis de algunos cuadros de Giotto, el Dr. Plinio describe, además de semblanzas de las almas de diversos personajes, la atmósfera inocente y sobrenatural que los envuelve.

Giotto es un pintor italiano del fin de la Edad Media, casi Renacimiento, admirable. No sé si fue un santo como Fray Angélico – que es el grande de la pintura de la gracia –, desconfío que sí y desconfío que no. Porque en la literatura común – la que llegó a mi alcance, nunca tuve tiempo de procurar un libro especial sobre él – hay un silencio sobre su persona. O porque él fue muy bueno, y los malos quieren esconder eso; o fue muy malo y los buenos desean ocultarlo. Pero hay cualquier cosa que no está clara. En fin, Giotto pintó muchos cuadros, a mi ver intensamente impregnados de sobrenatural.



Cappella degli Scrovegni, Padua, Italia



Giotto



Inocencia y dignidad ante la hipocresía de los prevaricadores

En Padua, en la Capella degli Scrovegni, aparecen escenas caracterizadas por una inocencia aún toda medieval, en una atmósfera sobrenatural magnífica.

Esta famosa capilla se sitúa en un parque muy bien cuidado. Adentro, todo el piso es de mármol espléndido, con un diseño agradable, un juego de colores bonito. De un lado y de otro, vemos sillas de coro reservadas con una especie de enrejado de mármol también, muy bonito y muy bien trabajado.

San Joaquín y Santa Ana son los padres de Nuestra Señora. La construcción del fondo simboliza vagamente lo que Giotto imaginaba como Templo de Jerusalén, pero es mucho más algo medieval con reminiscencias románicas, o con preanuncios renacentistas, de que cualquier otra cosa. En primer plano, vemos un personaje vestido de color rosado que conversa con otro; ambos usan hábitos a la manera de sotanas, lo que era común para todo el mundo en la Antigüedad. El color de uno de esos trajes sería un poquito verde arveja, mezclado con un poco de dorado. Vean como el color rosado es mucho más delicado. Uno de los dos debe ser un sacerdote judío; y el otro es San Joaquín.

Él y Santa Ana no tenían hijos y eso era considerado una vergüenza, porque quién no tenía hijos estaba condenado a renunciar a la esperanza de ser un antepasado del Mesías. La gran alegría era vivir con los ojos dirigidos hacia el futuro a la espera del Mesías que vendría a salvar al mundo, y sería el centro de la Historia de Israel y de la Humanidad. San Joaquín está siendo conducido hacia afuera y se ve en su actitud una cierta vergüenza. Él quiere resistir un poco, argumentar porque se siente inocente, pero el otro, mucho más corpulento que él y con la autoridad de sacerdote, parece decirle que no hay más remedio y que se vaya. Atrás, un personaje mucho más importante, con una capa roja sobre una túnica que parece medio dorada, el cual mira la escena como quién hace ejecutar sus órdenes por un sacerdote de posición inferior. Es la humillación de este hombre que sería un antepasado del Mesías.

Noten el color del cielo, la luz esparcida es inocente, no tiene nada de común con la polución de la luz en las babeles modernas, ni con la luz del sol hoy en día. Es una luz diáfana, bonita, encantadora, que parece perpetuamente matutina.

San Joaquín, en la humillación en que él está, parece muy virginal, muy digno. El sacerdote, medio misterioso. Se ve que San Joaquín es un hombre limpio, hasta físicamente. Respecto al sacerdote, se tiene la impresión de



que, por debajo de esas sotanas hay suciedad. Y más sucia es la figura de rojo allí atrás. San Joaquín representa la dulzura de la Nueva Ley, los otros expresan la hipocresía y la dureza del sacerdocio prevaricador a fines del Antiguo Testamento.

San Joaquín hace penitencia

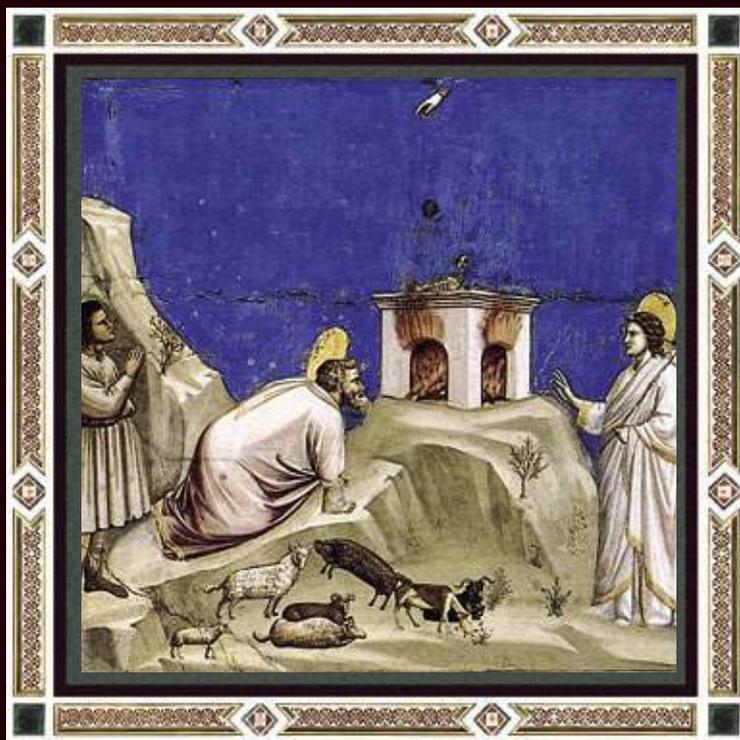
A San Joaquín le pareció que tenía faltas. Era generalmente admitido que quién no tenía hijos pesaba sobre él el castigo de ser estéril para el Mesías. Entonces, hace penitencia, en un lugar yermo, desierto. Ahí lo vemos en una actitud muy digna, triste, angustiada de quién está haciendo un examen de conciencia inútil, porque él no consigue encontrar su falta.

Y dos pastores vienen a hablar con él. ¡Noten como se vestía un pastor en aquel tiempo! ¡Como están bien trajeados, y es acertada la elección de colores en ese cuadro penitencial! San Joaquín una vez más de color rosado. Un hombre viejo, cuyo cabello es entre rubio y canoso, profundamente compenetrado y avergonzado, pidiendo perdón por las

faltas que no cometió. Él no sabía, mas así expiaba las faltas que los otros tienen, pero que no quieren reconocer. Y los pastores con certeza están queriendo ofrecerle alguna cosa. En el suelo hay unas ovejas y adelante un perro pastor. Es interesante lo siguiente: los pastores están con trajes medio rosados; las rocas que indican una naturaleza un tanto desértica, tienen cualquier cosa de rosado también. Y la ingenuidad de los arbolitos que nacen de la roca es encantadora. Si un niño inocente pintase arbolitos los pintaría así, y nosotros sonreímos encantados con la frescura de alma que ellos expresan. Más aún: el aspecto de ese perro pastor – que debería atacar al lobo – delante de ese verdadero cordero que era

San Joaquín, demuestra simpatía, se siente contento.

Observen el salto de ese perro, la manera como desea recibir una caricia de San Joaquín, que no presta mucha atención en él porque está meditando. En el propio perro hay cualquier cosa de puro. Un alma virginal que pintase un perro pastor saltando, lo pintaría así. Toda esa candidez agrada enormemente a quién gusta de la inocencia. ¡El



azul del cielo contrasta con ese color rosado con una armonía perfecta!

Un hecho bonito y noble

Viene entonces la primera gota de luz, en medio de esas tinieblas. Santa Ana está rezando sola en un cuartico – que el autor procuró imaginar como sería en aquella época – y recibe una revelación, en la cual le es dicho que ella va ser antepasada del Mesías, y entonces su tristeza se va transformar en una super alegría. Una criada está afuera con una especie de rueca – es frecuente ver eso en cosas medievales – y ajena a la escena. El modo por el cual Giotto presenta a Santa Ana enteramente entretenida en la revelación, y la criada completamente ajena – ésta, pensando en cosas terrenales, en sus hilos, y aquella, en el tercer cielo – es muy bonito.

Es interesante notar también la ingenuidad del diseño: el cuarto de Santa Ana, un toldito de albañilería, y encima una terracita para las noches calientes. Abajo la criada trabaja.

El arcángel San Gabriel, que fue quién avisó a Nuestra Señora de la Encarnación del Verbo, habla a San Joaquín y le explica lo que sucederá. El Santo, entonces, está ofreciendo un sacrificio a Dios para agradecer esa gran dádiva, ese gran don que él está recibiendo. Pero se ve que está con la fisonomía más animada, más alegre, y que él es un sacrificador serio. Y se tiene la impresión de que un buen número de la manada que está cerca de él va a perecer.

San Joaquín tuvo un sueño respecto del futuro nacimiento de Nuestra Señora. No es un sueño en su casa,

sino al aire libre; el techo es la bóveda celeste. Un ángel descende y le comunica el nacimiento de una hija. Y aquí está el misterio: el derecho de primogenitura y los derechos sucesorios en la Casa de David se transmitían entre hombres, no entre mujeres; ¿cómo es que él teniendo una hija y no un hijo, sería el abuelo del Mesías? Pero le fue revelado, y él cree.

Cerca de San Joaquín están pastores, campesinos, vestidos exactamente como en las miniaturas o grabados medievales. Es muy bonita la tonalidad que le da al cielo, un azul que no es día, más una especie de claridad nocturna que también no es claro de luna, y que circunda un hecho tan bonito y noble como cuanto ese.

Jerusalén era fortificada, como todas las ciudades de aquel tiempo, con almenas un poquito a la medieval. San Joaquín y Santa Ana se encuentran en la Puerta de Oro.

Nacimiento de Nuestra Señora

María Santísima nace y es presentada por sus asesoras. La que está vestida medio de verde parece ser una mujer especializada en asistir señoras en ocasiones de ese tipo; atrás hay alguien de la familia que también está asistiendo. Y Santa Ana está recibiendo esa Niña que ella sabe que es la madre del Mesías. De allí que ella acoge a la Niña, no como tantas madres reciben una hija – una muñequita y comienzan a jugar con ella –, sino con profunda seriedad contemplativa, mirando a la Niña.

La Niña está toda envuelta. De acuerdo con el hábito debe haber sido bañada y después presentada a Santa Ana, pero ya con la aureola de santidad alrededor de la cabeza. Porque como Ella fue concebida sin pecado ori-





LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

ginal, y recibió desde el primer instante de su ser una inteligencia muy superior a la de todos nosotros – a la de Santo Tomás de Aquino, de San Antonio de Padua, de quién quisieren –, ya tiene en grado eminentísimo la santidad. Y Santa Ana está recibiendo Aquella que es el Vaso de Elección, el Vaso Sagrado de toda especie de gracias, y Ella mira como quién dice: “De esta nacerá el Mesías esperado por las generaciones.”

Noten unos pormenores bien curiosos: ¿la combinación de colores de la frazada de Santa Ana es bonita? Tiene cualquier cosa de contemporáneo. Y dentro de un cuadro actual, el negro tomaría un realce que no posee en el cuadro que está presentado aquí. Y es agradable mirar. Puesta en un ambiente moderno, esta frazada me daría la impresión de mal gusto.

Abajo está la escena. Es sucesiva como en unas historietas: una parte en el fondo, una encima y otra abajo. Nuestra Señora va a ser acostada en una especie de cuna. Entonces hay una criada que está empacando – o es una cunita y ella debe hacer un poco de ninna nanna (1), con certeza –, y otra criada hace que Ella trague algún alimento. La mujer que se encuentra en el ángulo está con las manos juntas, rezando; ella percibe algo de extraordinario en la escena. La profesional tiene una cara de profesional, apenas muy atenta a lo que está pasando.

San José, modesto, humilde, recogido y calmo

María Santísima va a ser presentada en el Templo. Esa construcción es una idealización de como ese hombre imaginaba la parte del Templo donde Nuestra Señora iba a ser presentada.

Santa Ana es esa de rojo que la está cargando. Y San Joaquín me parece ser aquel que está en el fondo vestido con una ropa un poco violácea, con las manos juntas y una aureola de santidad en la cabeza, con barba, etc. Ambos son viejos y van a presentar en el Templo a Nuestra Señora.

Pero lo que importa especialmente en el caso es lo siguiente: hacer notar el escándalo de los que hablaban contra ellos porque no podían tener hijos. Mas al mismo tiempo escepticismo: “Es verdad, al final tuvieron una hija. ¿Pero de qué les sirve tener una hija mujer?” De manera que para ellos era una victoria, sin embargo, una victoria que no daba en nada. Ellos están calmadamente presentando a Nuestra Señora que ya anda con los propios pies, es una jovencita. En el Templo todo estaba muy adornado con oro, mármoles, etc. Vemos ahí candidatos a la mano de María Santísima, que se presentan al rabino llevando ramos secos. Aquel cuyo ramo florezca es el que debe casarse con Nuestra Señora.

Encontramos a San José a la izquierda. Aquel cuyo ramo de hecho va a florecer está colocado de lado, es el último. Él es modesto, humilde, tiene el halo de santidad, mas no quiere sobresalir. Los otros desean destacarse y están presentando el ramo seco casi como cheques, pues creen que van a vencer. San José está recogido y tranquilo. Evidentemente sólo su ramo florecerá. Él es quién va quedarse con la mano de la Santísima Virgen. Su fisonomía es presentada con cierta perplejidad. ¿Por qué? Porque él había hecho voto de ser virgen. Él había recibido una revelación de que debía casarse con Nuestra Señora, pero no sabía cómo sería eso. Mas obedeció y llevó su ramo también. Podemos imaginar la sorpresa que tuvo cuando su ramo floreció.





Soy muy sensible a los colores

Yo quería llamar la atención para este punto en particular: yo soy – como ya dije, es un modo de ser legítimo como otros – muy sensible a los colores. Y las armonías de colores me interesan especialmente. Giotto juega predominantemente con dos especies de recursos cromáticos: algunos son colores muy claros, delicados. Vean el verde bonito del primer portador de ramo. Uno que debe ser ayudante del sacerdote tiene una túnica lila y una especie de capa ligeramente verdosa, pero combinando muy bien. Y atrás hay otro portador de ramo cuyo traje es de un color que no se definir, mas que es hecho de colores muy claros.

San José está vestido con colores un poco más oscuros, pero aún son bastante claros. Entre ellos hay uno con un color más oscuro, o mejor dicho, menos claro. Sería una composición de color bordeaux con un poco de azulado. Los colores de otros trajes casi no se distinguen, porque aparecen pedazos pequeños de ropa. El rabino está con un traje de

Web Gallery of Art (CC3.0)



un color que se parece un poco al de aquel personaje de ropa más oscura.

Hay una especie de radicalidad en eso. Es la radicalidad en lo claro y la radicalidad en lo cargado, que forma en el todo un contraste interesante. Imaginen que ese sacerdote estuviese con un color clarito, y el otro que está atrás también. ¡Como quedaría todo insípido! Ese tono oscuro confiere una nota de seriedad a lo clarito, y es un equilibrio de colores muy bonito.

¡La escena es tan característica, tan expresiva! Hay una especie de empeño por parte de los pretendientes de casarse con Nuestra Señora. Era noble querer eso. ¿Se puede desear algo mejor que María Santísima? Entre las hipótesis posibles, en este momento me alegra imaginar que todos los pretendientes rechazados eran llevados por la gracia, y que después se tornaron grandes devotos de Nuestra Señora.

Pero el elegido ya estaba determinado por Dios, quien operó el milagro en la vara cargada por el hombre casto por excelencia. ♦

(Extraído de conferencia de 25/11/1988)

1) Canción de cuna.

Un “arco iris” sobre la sociedad entera

La Divina Providencia ennobleció mucho la clase obrera al hacer con que San José ejerciera el oficio de carpintero. Él era, por tanto, un trabajador manual y al mismo tiempo, pertenecía a la familia real más ilustre que hubo en la Tierra, porque de ella nació Nuestro Señor Jesucristo. Y ser de la estirpe del Redentor es la mayor honra posible en materia de genealogía que puede haber.

Reuniendo en sí esas dos clases sociales, San José formaba una especie de “arco iris” que englobaba la sociedad entera en una gran armonía.

Como humilde obrero, él acató a sus superiores en aquel tiempo y respetaba la jerarquía social de quienes estaban por encima. Pero, por otro lado, como príncipe de la Casa de David, también sabía cuál era su misión y la cumplió magníficamente, contribuyendo en la preservación, defensa y glorificación en la Tierra de Nuestro Señor Jesucristo.

(Extraído de conferencia de 30/7/1989)